

LA *ECCLESIAM SUAM* Y EL CATECISMO

Adolfo Ariza, Delegado de Catequesis, nos enlaza la encíclica de Pablo VI con la posterior publicación del Catecismo.

Unos días antes de la publicación de la encíclica *Ecclesiam suam* (6-VIII-1964), **Pablo VI** la resumía así en audiencia general: “*Los caminos que indicamos son tres: el primero es espiritual; se refiere a la conciencia que la Iglesia debe tener y fomentar de sí misma. El segundo es moral: se refiere a la renovación ascética, práctica, canónica, que la Iglesia necesita para conformarse a la conciencia mencionada, para ser pura, santa, fuerte, auténtica. Y el tercer camino es apostólico; lo hemos designado con términos hoy en boga: el diálogo; es decir, se refiere este camino al modo, al arte, al estilo que la Iglesia debe infundir en su actividad ministerial en el concierto disonante, voluble y complejo del mundo contemporáneo. Conciencia, renovación, diálogo son los caminos que hoy se abren ante la Iglesia viva y que forman los tres capítulos de la encíclica*”.

El reto, tal y como es propuesto sintéticamente por **Pablo VI** y visto desde el *Catecismo de la Iglesia Católica*, adquiere un verdadero significado profético cuyo cumplimiento se puede ver claramente pretendido desde la promulgación del *Catecismo*. No será el *Catecismo*, evidentemente, el vehículo único de realización de estos caminos, sin embargo no se podrá negar con facilidad su importancia e idoneidad. Parece que se puede incluir, sin miedo a error alguno, a la encíclica *Ecclesiam suam* como uno de los textos cuyo espíritu ha influido notablemente en la génesis y realización del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Pero esto no sólo en un aspecto general, sino también en cuestiones de mayor concreción como a las que se refieren los números 39 y 40 de la encíclica.

DOS “PERLAS” DE LA *ECCLESIAM SUAM*

Por su interés y por lo que de luz pueden mostrarnos estos dos números para entender los grandes retos del *Catecismo* reproduzco aquí su reflexión:

“Muchas son las formas de diálogo de la salvación. Obedece a exigencias prácticas, escoge medios aptos, no se liga a vagos apriorismos, no se reduce a expresiones inmóviles cuando éstas han perdido la capacidad de hablar y mover a los hombres. Esto plantea un grave problema: el de la conexión de la misión de la Iglesia con la vida de los hombres en un determinado tiempo, en un determinado sitio, con una determinada cultura y con una determinada situación social. ¿Hasta qué punto debe la Iglesia acomodarse a las circunstancias históricas y locales en las que se desarrolla su misión? ¿Cómo debe precaverse del peligro de un relativismo que llegue afectar su fidelidad dogmática y moral? Pero ¿cómo hacerse al mismo tiempo capaz de acercarse a todos para salvarlos a todos, según el ejemplo del Apóstol: “Me he hecho todo a todos para salvarlos a todos?” (1 Cor 9, 22).

Si los planteamientos son agudos, la respuesta es especialmente clarividente: “El arte del apostolado es arriesgado. La solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación o disminución de la verdad. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso con nuestra fe. El apostolado no puede transigir con una especie de compromiso ambiguo respecto a los principios de pensamiento y de acción que deben definir nuestra profesión cristiana. El irenismo y el sincretismo son en el fondo formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la palabra de Dios que queremos predicar. Sólo el que es totalmente fiel a la doctrina de Cristo puede ser eficazmente apóstol. Y sólo el que vive con plenitud la vocación cristiana puede estar inmunizado del contagio de los errores con los que se pone en contacto”.